



Comentario bibliográfico

Rosalina Ríos Zúñiga, *La reconfiguración del orden letrado: el Colegio de San Juan de Letrán de la Ciudad de México (1790-1867)* (México: Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, UNAM, 2021)*.

Mariana Meza Ramírez

Facultad de Estudios Superiores Acatlán – Universidad Nacional Autónoma de México

rmzmariana08@gmail.com

Fecha de recepción: 10/08/2022

Fecha de aprobación: 12/08/2022

El conocimiento sobre la historia de la educación en el México virreinal ha avanzado mucho en los últimos años, gracias a los esfuerzos de los expertos en este campo por crear una nueva historia que se aleje de los moldes de una vieja historia institucional; es decir, una historiografía que combate la idea de una historia lineal, que da lugar a la exploración de temas y grupos que han pasado desapercibidos. Luz Elena Galván Lafarga llamó a esto “*intrahistoria*”¹ de la educación, es decir, una historia de los silencios o microhistoria

* Esta reseña fue elaborada gracias al Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) IN402021, “Iglesia, Ilustración y educación en Nueva España y primeros años del México independiente”.

1 Luz Elena Galván Lafarga, “Debates, enfoques y paradigmas teóricos”, en: *Historiografía de la Educación en México*, coord. Luz Elena Galván Lafarga, Susana Quintanilla Osorio, Clara Inés Ramírez González, vol. 10 (México, Consejo Mexicano de Investigación Educativa, 2003), p. 87.

de las escuelas, con la cual proponía analizar aspectos que no habían sido considerados: los actores, los espacios, entre otros elementos relacionados con el proceso educativo que permiten una mirada más completa sobre las instituciones educativas del pasado.

La obra que hoy nos congrega cumple con esta consigna. *La reconfiguración del orden letrado: el Colegio de San Juan de Letrán de la Ciudad de México (1790-1867)* cuenta con un total de 319 páginas conformadas por una introducción, seis capítulos, conclusiones, anexos, referencias, siglas y acrónimos. Los contenidos están divididos en tres apartados: el primero de ellos es sobre el espacio y el financiamiento, el segundo sobre los cambios institucionales y el tercero sobre los actores. Esta división resulta pertinente porque permite una lectura ordenada que hace posible comprender mejor la información. Este libro fue escrito por Rosalina Ríos Zúñiga, Doctora en Historia de América Latina por la Universidad de Pittsburgh. Dedicada a la investigación de temas vinculados a la Iglesia, el Estado, la sociedad del siglo XIX y la construcción del México independiente desde una perspectiva de historia social y cultural, ha abordado además la historia social, cultural y financiera de las instituciones educativas en México en la transición del antiguo régimen al liberalismo. Estas problemáticas se ven reflejadas en la obra reseñada. El Colegio de San Juan de Letrán fue una corporación educativa fundada en la Ciudad de México durante el siglo XVI. Es a través de este caso particular, no muy estudiado, que la autora nos conduce por el proceso de las transformaciones que sufrió el modelo educativo durante los años de 1790 a 1867, período al que Ríos Zúñiga llama *reconfiguración del orden letrado*, que alude a la formación de hombres de letras y a modificaciones que explican la desaparición del Colegio. Esos cambios se dieron bajo —y dependieron de— “un contexto de lucha política, guerras y constantes arcas vacías” (p. 260), como son las diversas reformas que se dieron durante el período. Su objetivo no es únicamente ver el aspecto corporativo o institucional de San Juan de Letrán, sino también considerar las relaciones con la sociedad, la educación, la política y el espacio; es decir, aspectos que confluyeron en este constante proceso de un nuevo orden que se reconfiguró. Para ello acude a una gran diversidad de fuentes primarias: cartas (solicitudes, notas, listas), sermones, pinturas, manifiestos, entre otras, además de emplear también fuentes secundarias —que permiten una panorámica actualizada sobre los trabajos sobre el tema—.

La académica de la UNAM parte de analizar el espacio donde se ubicó el edificio que albergó a la corporación y que definió su entorno, porque considera que al situar su lugar dentro de la ciudad no sólo se puede conocer las razones de su instalación en un espacio determinado, sino también lograr comprender las razones de su destrucción y cómo, ya sea directa o indirectamente, el entorno repercutió en quienes fueron albergados por el Colegio. Esta fue una tarea complicada para la autora, pues no se conoce con exactitud la ubicación original de la institución. En el siglo XIX existió una necesidad de modernizar la ciudad, lo que condujo a una reconfiguración urbana y la renovación de todos los espacios que no mantuvieran armonía con las aspiraciones de los ilustrados de la época, lo que incluyó a la *fábrica material* del Colegio de San Juan de Letrán.

Este lugar se encontraba desde el siglo XVI en parte de lo que era el barrio de San Juan Moyotlán, límite geográfico entre la sociedad de los españoles y el barrio de indios, una zona que hoy día es el Eje Central Lázaro Cárdenas. Resulta valioso que la autora no sólo haga referencia a los nuevos espacios, sino que también haga uso de planos y pinturas de la época que nos ayudan como lectores a conocer mejor el entorno. Asimismo, fue “el espacio intermedio donde se instaló un colegio que mantenía en la marginalidad a niños mestizos, huérfanos, hijos ilegítimos de padre español y madre indígena” (p. 33). Probablemente, fue todo esto lo que contribuyó a la construcción de la mala fama que adquirió San Juan de Letrán y a la idea de que debía ser renovado.

Del mismo modo, a través de las páginas de este libro vamos conociendo las circunstancias que desfavorecieron a un edificio que apenas contaba con lo necesario para servir a sus fines. Esto lo sabemos gracias a un testimonio que la autora recuperó de Guillermo Prieto, un ex estudiante de San Juan de Letrán. Desastres naturales como sismos que azotaron a la Ciudad de México en 1845, la intervención estadounidense en México, en la que los norteamericanos hicieron uso del Colegio como cuartel, modificaciones arquitectónicas sujetas a hombres con ideologías muy diferentes entre sí, fueron todas variables que contribuyeron al deterioro del Colegio.

Otro de los aspectos primordiales para el funcionamiento de esta institución educativa fue el financiamiento, que “pasó de tener un carácter real, de antiguo régimen, a otro público nacional” (p. 59). La base económica sobre la que se sostenía el Colegio también se fue transformando a lo largo de su historia. Ríos Zúñiga indica que, antes de la guerra de independencia, el financia-

miento se integraba por donaciones de particulares, cobro de rentas por censos y propiedades del Colegio, así como por el comercio que se permitía a los miembros de la corporación. Esto último también era muy diverso, ya que se podía tratar de actividades como el acompañamiento por parte de los niños y/o jóvenes del Colegio en procesiones con velas y cantos —algo que se veía como un modelo de inversión para las clases de música que recibían—, o la renta de lavaderos. Estas prácticas resultaron útiles en su momento para ayudar a sostener económicamente el Colegio, empero, no perduraron, porque no eran algo que se ajustara a las nuevas ideas que traía consigo el siglo XIX. Por ejemplo, el acompañamiento en las procesiones se perdió debido a que inicialmente esto lo hacían niños huérfanos en situación de pobreza, algo que de seguir afectaría al estatus de San Juan de Letrán y al de sus estudiantes en mejores condiciones sociales. Aunque este cambio hizo que el financiamiento público pasara a manos del erario, se tradujo en momentos de grandes carencias para la corporación educativa, ya que las autoridades consideraban que era más importante cubrir otros gastos.

Asimismo, las colegiaturas también representaron una de las entradas más significativas para las finanzas del Colegio de San Juan de Letrán. La autora las llega a considerar “una entrada regular”, que pagaban tanto pensionistas como semipensionistas. Hacemos énfasis en esto porque dicho ingreso no era estático, es decir, también sufrió cambios, a veces poco favorecedores, como sucedió en 1847 —cuando hubo una disminución drástica por motivo de la guerra— o porque los padres buscaban no enviar a sus hijos a un Colegio que había ganado mala fama. Es de reconocer que como lectores podemos acceder a los datos de los ingresos anuales, gracias a los cuadros que nos ofrece Rosalina Ríos, con información que recuperó de fuentes documentales originales. El aspecto económico también implicaba a los egresos, que incluían: salarios de directivos, profesores y demás personal de la corporación educativa; gastos del lugar como la cocina; gastos extraordinarios, de recaudación, devoluciones y becas —que eran de diversos tipos—.

Queda claro que la economía del Colegio varió mucho históricamente. Esta investigación nos permite conocer que este aspecto fue uno de los problemas del Colegio de San Juan de Letrán y, desde nuestro punto de vista consideramos que estas dificultades pudieron ser consecuencia de una mala administración porque, si bien contaban con la figura del mayordomo para llevar la contabilidad del lugar, la autora explica que las malas finanzas levantaron sospechas en el gobierno,

tema que condujo a que se auditaran rectores a partir de 1817. Así es posible establecer que las cuentas presentadas no eran confiables, y que existió malversación.

El segundo apartado conduce hacia los cambios institucionales que sufrió San Juan de Letrán. Este pasó de estar regido por el clero secular, a manos del nuevo gobierno, al igual que de ser la residencia de jóvenes criollos que recibían una formación en cátedras de facultad menor y mayor, para paulatinamente cambiar su enfoque hacía la enseñanza de jurisprudencia. El propósito final en la formación de los estudiantes era cuestión de debate, si es que estaban ahí para posteriormente llegar a la Universidad o si simplemente se les enseñarían oficios para que después del colegio pudieran “ganarse la vida” honestamente. El hecho es que el modelo educativo tampoco fue estable, y estuvo en constante renovación, que dependió de las ideologías políticas de quienes estuvieron detrás de cada proyecto.

Los cambios también se aplicaron a la incorporación de nuevos profesores entre 1850 y 1852. Además de cubrir las renuncias —que fueron presentadas como consecuencia de la inconformidad en los cambios— los nombramientos ayudaron a cumplir con las exigencias de las nuevas reformas. Y aunque el Colegio era algo inestable, para 1848 pasó de tener dos colegiales a contar con veintidós, más los becados, quienes también ya incluían a descendientes de conquistadores.

El último punto de análisis del libro es la experiencia humana. Desde nuestra consideración este puede resultar el más valioso de todos, ya que los actores que habitaron el Colegio de San Juan de Letrán son quienes le dieron vida a dicha institución. La autora es quien les otorga, a lo largo de su libro, el lugar que cada uno merece en la historia. Presenta a los individuos que lo gobernaron, aquellos que impartieron cátedra, a quienes aprendieron y se formaron en él, y también reconoce a los trabajadores que limpiaron o sirvieron en el lugar. Todas estas figuras también pasaron por una reconfiguración de manera paulatina a lo largo de la historia del Colegio, aunque existen algunas excepciones que quizá no es posible conocer. Al respecto la autora puntualiza que quedan interrogantes que no son posibles de responder frente al vacío documental.

Se muestra a la figura del rector, quien no fue más un eclesiástico, sino que pasó a ser civil. Durante el periodo que trata Ríos Zúñiga, San Juan de Letrán tuvo un total de 13 rectores, de los

cuales 9 fueron eclesiásticos y 4 civiles (todos abogados). La autora da a conocer los nombres de cada uno de ellos, el lapso que cumplieron en la corporación, sus funciones, entre otros aspectos. En lo que respecta al papel que jugaron, parece ser que en este Colegio tuvieron un peso mayor como figuras de autoridad, en comparación con otras instituciones de la época.

Los segundos en orden de importancia fueron los catedráticos, quienes en la enseñanza iban acompañados de preceptores o maestros de la Escuela de Primeras Letras (p. 179); incluso en algunos casos, los estudiantes del mismo Colegio pasaron a ocupar este puesto. La reconfiguración repercutió en el perfil del catedrático de tal forma que se convirtió en empleado gubernamental de un sistema educativo que se estaba formando para ese entonces; con el cambio llegaron los concursos de oposición y el gobierno fue quien estableció los requisitos para participar de ello; por lo demás, explica la autora, “la mayoría se ostentaba como licenciados” (p. 210). En este mismo sentido, se introdujo una transformación radical en cuanto a las cátedras relacionada con las reformas educativas. Entre 1774 y 1867, se impartieron primeras letras, gramática latina, filosofía, teología, jurisprudencia, lenguas extranjeras, academias y dibujo. Comprendemos que se eliminaban e integraban al plan de estudios de acuerdo con las nuevas necesidades o exigencias.

La población estudiantil también sufrió grandes cambios, particularmente quienes recibían una beca, pues en sus inicios el Colegio recibió a mestizos, hijos ilegítimos en condiciones de pobreza y orfandad —de ahí que se asociara el ser huérfano con la miseria—, pero desde finales del siglo XVIII comenzaron a incorporarse criollos, gracias a que sus padres pagaban una pensión. En este sentido, el Colegio de San Juan de Letrán también comenzó a recibir estudiantes que sencillamente quisieran estudiar ahí: “no se llenó de privilegios con el cambio, pero sí de privilegiados que podrían pagar su estancia y estudios” (p. 261).

Estos cambios estuvieron sujetos al contexto, pues con desastres como las guerras o las crisis económicas, muchas de las familias caían en una situación desfavorecedora, de modo que la educación era lo único que les quedaba para ascender socialmente o por lo menos mantener su estatus. Lo interesante es que, de acuerdo con la autora, ya no sólo influía la condición de huérfano para obtener una beca, sino que también ayudaban los nexos sociales, familiares u otros que favorecieran a los candidatos a estudiante. La autora presenta el caso de Andrea Arce, viuda de un im-

portante político de Jalisco, Mariano Otero. Ella escribió una carta solicitando becas para dos de sus hijos debido a su situación. Sin embargo, lo que se consideró para concederle la gracia fue el reconocimiento de Otero entre los políticos.

Resulta de suma importancia destacar que a lo largo de todo el libro la autora refiere constantemente a otros colegios de la época para mostrar similitudes y diferencias. El estudio permite conocer no solo la vida de los estudiantes dentro del Colegio, sino también su desempeño como partícipes de movilizaciones estudiantiles. Esto resulta un incentivo adicional para los lectores. Decidimos dejar para el final —y no porque se presente así en la estructura del libro— a los otros actores que también resultaron ser una pieza clave para el buen funcionamiento de San Juan de Letrán, pero que pocas veces se toman en cuenta dentro de los análisis históricos: los trabajadores. Estos hombres y mujeres que “no podemos decir que pasaron por una reconfiguración” (p. 263), y que continuaron padeciendo las diferencias sociales, económicas y culturales, fungieron como porteros, mozos, cocineras, refectoleros,² lavanderas, entre otras labores que ayudaron a mantener el Colegio. En este punto reconocemos la valía de la labor de la académica de la UNAM al reivindicar a las clases subalternas, dándoles un lugar como agentes en la historia para que no permanezcan más en el anonimato, si bien la información ofrecida por las fuentes no es muy detallada.

Rosalina Ríos Zúñiga da cierre al libro con una breve conclusión en la que hace un recuento general de los temas tratados. Advierte que, a partir de su caso de estudio, se puede considerar que el letrado —al contrario del espacio que albergó al Colegio de San Juan de Letrán— perduró adecuándose a las nuevas circunstancias y, por tanto, debemos entender que se trató de un letrado dinámico. Finalmente, se despide con una invitación a continuar investigando, no desalentarse por la escasez de fuentes, pues aún quedan muchas preguntas sin responder, o incluso sin hacer. Nos motiva a seguir considerando la experiencia total del Colegio, sus diversos ámbitos: social, cultural, educativo, económico, político.

2 Esta labor refiere a las personas encargadas de cuidar el refectorio, lugar que para el contexto actual del lenguaje podemos comprender como el “comedor común” de, en este caso, el Colegio de San Juan de Letrán.

Si bien la autora deja algunos temas abiertos para futuras investigaciones, se trata de un libro completo que cumple adecuadamente con su objetivo, siguiendo las transiciones del modelo educativo que ayudan a comprender la reconfiguración del letrado. La obra de Ríos Zúñiga ofrece una lectura bien estructurada que, con apoyos visuales como croquis, pinturas, tablas de contenido y gráficas, se torna más dinámica. Hacemos una cordial invitación a leer *La reconfiguración del orden letrado: el Colegio de San Juan de Letrán de la Ciudad de México (1790-1867)*, una obra que es posible encontrar tanto en físico como en digital, a la que vale la pena dedicarle tiempo, apreciar, pero también cuestionar y quizás utilizar como fuente que nos aliente a seguir indagando en la historia social de las instituciones educativas.